

como en la epístola á Martínez de la Rosa que nosotros publicamos, la pasión política le presta poderosas alas para romper la red de las poco atinadas doctrinas estéticas que él mismo había tejido y para encumbrarse á las regiones de la poesía lírica verdadera.

Sus versos satíricos y jocosos están llenos de agudeza y desenfado. Brillante prueba de ello dan su no acabado poema de *Don Juan* y sus *Leyendas españolas*, donde más que la narración de la fábula y la pintura de los personajes, interesan y divierten las digresiones y disertaciones que Mora entrevera en la historia con mayor abundancia y diversidad de asuntos que Ariosto en el *Orlando* y que Byron en el *Don Juan* y en el *Beppo*.

La Real Academia Española reconoció y premió el mérito de Mora recibéndole en su seno el 20 de Diciembre de 1848.

Para la Academia hizo Mora muy útiles trabajos, especialmente sobre sinónimos.

Durante algún tiempo estuvo Mora en Londres como Cónsul de España.

En proporción de su fecunda labor y de su mucho saber é ingenio, bien puede afirmarse que la fortuna le favoreció poco y que son inferiores á su valer la fama, la popularidad y el provecho que obtuvo. Mora llegó á edad muy avanzada y murió en Madrid el 3 de Octubre de 1864.

Su mujer, que le acompañó en sus peregrinaciones y que hábil y valerosamente le auxilió en sus trabajos, le sobrevivió bastantes años y mu-

rió á los 98 de su edad, en 1887, y también en esta corte.

Me he extendido aquí mucho más de lo que debiera, si se atiende á la índole de esta obra, por ser poco conocido de la generalidad de los españoles el insigne polígrafo é ingenioso poeta de que trato.

Don Antonio Alcalá Galiano

entra con razón, según lo que yo entiendo, en el número de nuestros líricos, aunque su fama como tal no es grande. Otras prendas y estudios suyos la han eclipsado. Lo mismo ocurre con otros ilustres personajes políticos que también han sido poetas, como por ejemplo D. Joaquín Francisco Pacheco, D. Antonio de los Ríos y Rosas y D. Juan Donoso Cortés. Si de Pacheco y Ríos Rosas prescindo en este FLORILEGIO, es por creer que sus versos acrecientan muy poco la alta nombradía que tuvieron y tienen. Y en cuanto al Marqués de Valdegamas, bien puede asegurarse que sus versos importan poco, por haber sido el notabilísimo y extraño poeta en prosa, orador y pensador elocuente y algo filósofo y teólogo, aunque apocalíptico y un tanto cuanto extraviado, ya por la antipatía sugestiva que le inspiraba Proudhon, ya por su más sugestiva simpatía hacia Bonald y el conde José de Maistre.

Galiano, en cambio, aunque fué también hom-

bre político de no corto valer, y orador, en sentir, admirable, todavía conserva mejor, mostrándose en él por cima de las otras prendas, la calidad de poeta y, sobre todo, la de literato.

Nació en Cádiz el 22 de Julio de 1789. Su vida, desde entonces hasta el año de 1823, está contada por él mismo en las *Memorias* que escribió hasta aquella época, y que en 1886 publicó su hijo en dos volúmenes, costeando la impresión su pariente el Conde de Casa-Valencia. Parece también que Galiano continuó escribiendo sus *Memorias* hasta el año de 1840; pero el tomo III, que dicho último periodo contenía, se ha extraviado, sin que nada de él, salvo algunos breves fragmentos, haya visto nunca la luz pública. Muy de lamentar es esta pérdida, porque en el mencionado tomo III, de seguro referiría Galiano, con la sinceridad y cándida franqueza que le son propias, no pocas aventuras y anécdotas de él y de otros sujetos, durante su emigración y su permanencia, ya en París, ya en Londres.

Lo escrito por él, hasta que á impulso de la intervención armada de los franceses cayó en Cádiz el régimen constitucional, inspira honda compasión y amarga pena. Vemos deshacerse un grande imperio, sin que valgan á sostenerle y á conservarle el amor de la patria y el entusiasmo y el heroísmo de no pocos ilustres españoles. Fué Trafalgar funesta, aunque gloriosa tragedia; la guerra contra Napoleón nos honró mucho, pero empobreció la península y contribuyó no poco á que perdiésemos nuestro poder

colonial, que se extendía por el continente americano; la vuelta de Fernando VII á recobrar su trono, puso término á la libertad y á la Constitución promulgada en Cádiz, y ocasionó persecuciones y desgracias á sus legisladores; y, por último, el periodo constitucional de tres años, iniciado por un motín militar, acabó de manera harto lastimosa, obligando á los liberales más comprometidos á buscar refugio en tierra extraña para evitar el castigo que recelaban por su rebeldía y desacato á su soberano legítimo reinante por la gracia de Dios, y triunfante con el auxilio de un ejército extranjero, no recibido ya con odio, sino con afecto por la mayoría de la plebe, absolutista y ultra-católica entonces.

Durante aquellos tres años fué Galiano agitador y fervoroso tribuno. Él mismo, desengañado y algo arrepentido, se juzga con severidad excesiva. Tal vez los once años que pasó en la emigración y en el destierro, desamparado y pobre, no le pareciesen castigo suficiente para su culpa. Su culpa, sin embargo, como la de otros varones ilustres que emigraron también, no fué tanto la de turbulentos ambiciosos, como la de imprevisores y alucinados.

Galiano, pues, como muchos otros de sus compañeros expatriados, aprendió moderación en la ruda escuela del destierro y del infortunio. Cuando volvió á España, su liberalismo era más templado y eran mucho más conservadoras sus doctrinas.

Cruel fué, por lo tanto, el destino con aquellos

hombres arrojados de su nación por revolucionarios, anarquistas y sobrado progresivos, y que á poco de volver á su nación fueron perseguidos de nuevo por poco liberales y hasta por retrógrados y fanáticos.

No me incumbe referir aquí la ulterior vida política de D. Antonio Alcalá Galiano, implicada con las agitaciones, trastornos y discordias civiles que sin tregua se sucedieron en España, durante más de treinta años: desde 1834 á 1865.

El 11 de Abril de dicho año, siendo Galiano Ministro de Fomento, murió casi de repente, de una apoplejía. Los únicos bienes que dejó en herencia á su familia, fueron la buena fama de probidad y desinterés y la alta nombradía que obtuvo como orador y como literato. Apenas hay personaje notable en España, durante el siglo XIX, que en proporción de su mérito y de sus servicios, haya alcanzado menos medros y ventajas y haya cogido mayor cosecha de desengaños. Las desventuras de Galiano pueden calificarse de *contratiempos*. Fugitivo de su patria y doblemente condenado á muerte le tuvo el gobierno del Rey absoluto, y apenas repatriado, era ya tan liberal la triunfante mayoría de sus compatriotas, que fué perseguido por apóstata y reaccionario, y hasta tuvo que emigrar de nuevo.

Amargaron los últimos momentos de su vida, sucesos en que le fué necesario intervenir, á mi ver, no sólo con la firme voluntad de procurar el bien y la concordia, sino también con toda razón y justicia.

Yo me atrevo á jactarme de no ceder en liberalismo sino á muy pocas personas. No hay libertad que yo no desee, sostenga y aplauda: la de pensamiento y la de palabra hablada ó escrita y la de enseñanza, por consiguiente.

Comprendía yo y no me escandalizaba, cuando estuve en los Estados Unidos, que el Coronel Ingersol fuese de ciudad en ciudad predicando el antiteísmo, en amenos y elocuentes discursos, que valían á su autor uno ó dos duros de entrada por cada oyente; pero ni el gobierno de los Estados Unidos había nombrado á dicho señor para que tal doctrina enseñase, ni por ello le pagaba salario. No me cabe, pues, en la cabeza, á pesar de lo liberal que soy, y hasta por lo mismo que soy tan liberal, que un gobierno representante de la mayoría de una nación, católica y monárquica, ó que no demuestra al menos ni declara haber dejado de serlo, sostenga y pague maestros que den lecciones contrarias al catolicismo y á la monarquía. Con los más delicados miramientos, templanza y dulzura escribió Galiano una circular recomendando tan evidentes deberes. Escribió la circular, á fin de enmendar y suavizar la que el Director de Instrucción Pública había escrito, y que á muchos nos pareció un poco extremosa. La circular tan mitigada de Galiano dió motivo ó pretexto á los sucesivos alborotos y tuvo por final resultado la caída del Ministerio conservador y la vuelta al poder del General O'Donnell. Yo no extraño, pues, aunque deploro todavía, que influyese bastante en el

ánimo de Galiano la infundada censura de aquel escrito suyo, tan inevitable como razonable, en quebrantar su delicada salud y en apresurar el término de su vida, harto avanzada ya y muy llena de desengaños.

En época de menos disturbios, revueltas y pasiones, no lanzándose Galiano en el turbulento piélago de la política, por donde su candidez y su buena fe le hicieron ir á menudo contra viento y marea, acaso hubiera brillado menos como orador elocuentísimo, pero sin duda hubiera brillado más y hubiera dejado más cumplidas y hermosas muestras de su saber y de su ingenio como literato y como poeta.

Aun así, bien pudieran reunirse muchos escritos suyos originales y componer con lo más selecto y dar á la estampa algunos volúmenes de interesante y grata lectura. Si esto no se ha hecho, es por la indiferencia, desdén y casi ninguna curiosidad que sigue mostrando el público en España por las obras de los ingenios españoles.

El mismo Galiano, descuidadísimo en todo, con rara modestia y apreciando sus propias obras en harto menos de lo que valían, apenas cuidó de su fama. De él nos quedan, sin embargo, además de las ya citadas *Memorias*, los *Recuerdos de un anciano*, unas discretas lecciones de Derecho político constitucional, pronunciadas y oídas con grande aplauso en el Ateneo de Madrid, y larga serie de elocuentes discursos políticos, académicos y de crítica literaria.

No sabré yo decir si de otras lecciones suyas,

dadas también en el ya mencionado Ateneo, ha quedado algo que los taquígrafos recogiesen. Recuerdo, sí, haberle oído, participando yo de la general complacencia y admiración del auditorio, un curso de historia literaria de Europa, durante el siglo XVIII.

Con relación á sus poesías, su descuido hubo de rayar en inverosímil. Todas ó casi todas se hubieran perdido, á no ser por lo prodigioso de su memoria. De ninguna de ellas conservaba copia, ni impresa ni manuscrita, cuando cediendo á mis ruegos, hallándome yo en Lisboa, en 1850, sirviendo á sus órdenes en aquella Legación, las trasladó á un libro en blanco, del archivo de su mente en que las conservaba.

Galiano, como no pocos otros sujetos de portentosa facilidad de palabra, desdeñaba ó no se curaba de fijar y perpetuar por la escritura lo que sentía y pensaba, y lo que tan espontánea y elegantemente decía luego.

De aquí, por ejemplo, que nada nos quede de sus discursos sobre el librecambio, de cuyas doctrinas fué tan decidido partidario y divulgador como Gabriel Rodríguez.

Y no sólo en peroratas, lecciones y discursos pronunciados ante un público numeroso, sino en la conversación familiar y á cada paso, prodigaba Galiano el rico caudal de saber, experiencia y talento que su espíritu atesoraba.

Contra lo que acontece á la generalidad de los hombres, él mismo se confesaba y declaraba ignorante de todo aquello que sólo incompleta

y someramente sabia. De las lenguas y literaturas inglesas y francesas era gran conocedor y maestro; de latin y de italiano no sabía tanto, pero afirmaba saber mucho menos de lo que sabía; se negaba á sí propio todo valer como helenista, y del idioma alemán y de sus escritores y pensadores, se obstinaba en hacernos creer que lo ignoraba todo. Tan absoluta carencia de pedantería es muy singular en nuestros tiempos. Y es también muy de aplaudir, aunque Galiano, aficionado á sostener paradojas, sostenía con gracia que la pedantería era útil. Según él, hay no pocas personas que se jactan de saber algo, cuando todavía no lo saben; pero con aquella jactancia llegan á contraer con el público muy grave compromiso y á fin de que el público no los coja en un embuste, suelen afanarse en estudiar, y acaban por aprender algo de lo que antes aparentaban saber y nada sabían.

Sin duda, lo más sólido y persistente de la reputación literaria de Galiano, ha de ser y ha de seguir siendo como crítico. Sus juicios sobre no pocos escritores contemporáneos suyos, son tan atinados y discretos como imparciales. Y le cabe, por último, la gloria de haber difundido por nuestro país, á su vuelta de la emigración, las más sanas y castizas doctrinas que sirvieron de base y cimiento á la nueva escuela literaria, llamada romántica, y al espléndido florecimiento que entre nosotros tuvo.

El extenso prólogo escrito por él para *El moro expósito*, del Duque de Rivas, traza á gran-

des rasgos la historia de la poesía en Europa; aprecia con imparcialidad y lucidez el mérito y el carácter de la poesía de cada época y de cada pueblo, acaso excediéndose sólo en alabanzas á la de Inglaterra, é infiere de todo una doctrina estética que, lejos de someter la inspiración á nuevos dogmas ó de aprisionarla en caprichosa red de preceptos y reglas, proclama y pide la más amplia libertad del arte. La mejor y más legítima poesía es aquella que, desatendiendo la servil imitación de antiguos modelos, acierta á expresar con sinceridad y con brío lo que se siente y lo que se piensa en cada nación y en cada período histórico. Por eso, aunque Galiano estima nuestra poesía lírica erudita de los siglos xvi y xvii y la renacida en nuestros días, desde Meléndez hasta ahora, pone como centro y foco del espíritu poético de nuestra nación el antiguo romancero y aquel rico y maravilloso teatro, cuyo valer en otro tiempo había menospreciado.

La manera, pues, que tuvo Galiano de difundir el romanticismo, más bien que afirmándole, fué negando que le hubiera; no reconociendo, como según él, nadie reconoce en Inglaterra, diferencia alguna entre románticos y clásicos; entre la moda y el gusto de hoy y la moda y el gusto de otros días. Toda poesía elevada, espontánea y sincera, está y debe estar siempre de moda y en consonancia perfecta con el recto juicio estético y con la aptitud de toda alma humana, bastante ilustrada y sensible para percibir la hermosura ideal y deleitarse con ella.

Como crítico ya se ve que Galiano rayaba en la mayor altura, y aunque no se apoyase en ninguna muy bien meditada metafísica, había desechado la rastrera filosofía francesa del siglo XVIII, que en su mocedad le había perjudicado y extraviado.

Todavía, no obstante, fué perjudicial á su estro poético la influencia del sentimentalismo malo de Juan Jacobo Rousseau, sentimentalismo que entró como elemento en la nueva escuela romántica francesa, mostrándose en Chateaubriand, Jorge Sand y muchos otros, y pasando también á España, mas no por el prólogo de *El moro expósito* que está exento de este pecado.

Las quejas y las declamaciones pesimistas del tal sentimentalismo, se diría que implican, ó bien la acusación contra un orden social perverso, que conviene subvertir ó reformar radicalmente, ó lo que es peor, contra la misma Divina Providencia, que no quiere ó no puede impedir que las cosas todas sean en nuestro daño.

Es singular que Galiano, alegre y chistoso en su conversación y trato diario, peque de melancólico y de quejumbroso cuando escribe para el público, y sobre todo cuando poetiza. Es cierto que á veces se nos manifiesta lleno de una piedad sincera y de profundo y religioso fervor. Las hermosas liras, que llevan por título *Conversión*, son una sentida plegaria rica de fe, de resignación y de esperanzas cristianas; pero en no pocas ocasiones empañan ó deslustran la nitidez y belleza de los versos de Galiano, los

reiterados lamentos sobre la propia suerte y sobre la pobreza, abandono y peligros en que se mira. En mi sentir, es falsa la idea, en estos versos expresada:

El rostro que nos dió Naturaleza
Nuestro destino avisa;
En la aficción vestido de nobleza,
Y disforme en la risa.

La aficción suele afeár mucho más el rostro que el regocijo. La risa es más propia que el lloro del sér humano. No lloran los animales, pero tampoco rien. Si no vierten lágrimas, exhalan quejidos. Y lo que es reír, jamás rió animal alguno, por ser el reír acto racional que procede del entendimiento, el cual contempla en su ideal pureza la perfección y excelencia del sér humano y burla y desprecia y tiene en poco, las bajas y materiales miserias que tiran á perturbar y á afeár la noble serenidad del espíritu. De todo infortunio propio, con tal de que no provenga de nuestra culpa ó tenga por causa la maldad ó la vileza de quien le padece, es mil veces más noble reír y burlar que lamentarse acusando á la ciega fortuna.

La serena conformidad del doctor Panglos y la resignación alegre de la vieja sirvienta, hija de la Princesa de Palestrina, hacen en extremo simpáticos á estos personajes del *Cándido*, militan en favor del optimismo y hunden y ahogan el concepto pesimista de la vida humana en un mar de risas, burlas y chistes que, por inspiración sana

y por instinto infalible, se le ocurren á Voltaire contra su intención y propósito.

En extremo nervioso y apasionado en su mocedad, se muestra Galiano como audaz demagogo, escribiendo, en 1816, el terrible epitalamio lleno de maldiciones contra el rey Fernando VII, conspirando contra su poder absoluto, en 1820, y tomando, sosteniendo y haciendo aprobar por las Cortes en 1823 la resolución de llevar al monarca, contra su voluntad, desde Sevilla á Cádiz, despojándole antes de su poder regio, como si estuviera demente, ya que no se le acusaba de enemigo de la patria y de la ley fundamental que había jurado.

La amarga experiencia, los largos años de emigración y el reposado juicio que con la vejez nos acude, habían hecho á Galiano pacífico y prudente, pero en el fondo de su alma persistió siendo liberal hasta los últimos instantes de su vida.

El reconocimiento de su mérito y los premios y honores que por ello obtuvo, si como político fueron escasos, no se ha de negar que como hombre de letras, fueron justos y bastantes. Las tres Reales Academias Española, de Ciencias Morales y Políticas y de la Historia le recibieron en su seno.

Siempre he considerado yo como prueba evidente de la estimación extraordinaria que alcanzó Galiano en la Real Academia Española, el favor que me hizo, en 1861, logrando que me eligiesen académico de número. No poco había yo escrito ya en prosa, pero todavía era hartó desconocido.

Y si yo había publicado ya un volumen de poesías que Galiano recomendó al público en un discreto y encomiástico prólogo, el público, menester es confesarlo, hizo poquísimo caso de la recomendación de Galiano y menos aún de mis versos. Si fué injusticia ó no, el público mismo lo decidirá en lo futuro. Por lo pronto, ni entonces, ni todavía son mis versos estimados. Mi elección de académico fué pues un acto de nepotismo que yo he procurado justificar más tarde, escribiendo en prosa libros que el público ha mirado con menos desdén.

Si me detengo tanto, contra la condición y la índole de estas ligeras semblanzas, hablando de D. Antonio Alcalá Galiano, válgame para disculpa la gratitud que le debo y los estrechos lazos de amistad y de parentesco que con él me unian.

En la misma ciudad en que yo nací, en Cabra, había nacido el padre de D. Antonio, el sabio marino D. Dionisio Alcalá Galiano, que en el combate de Trafalgar,

Cerró cual varón fuerte,
Gloriosa vida con heroica muerte.

Y en la cercana villa de Doña Meñica, en espacioso y elegante templo, testimonio, si no de la riqueza, de la piedad, desprendimiento y devoción de sus antiguos habitantes, se ven desde hace dos siglos los retablos de roble esculpido y dorado, las capillas y las bóvedas sepulcrales de las familias de los Galianos y de mi madre, que

fueron la misma familia en su origen y que llevan aún el mismo apellido.

Mi parentesco con D. Antonio no era, pues, muy cercano; pero, por las expresadas circunstancias, parecía más íntimo y de más valer que si lo fuese.

Por último, mi convivencia con D. Antonio desde que en 1850 estuve á sus órdenes en la Legación de Lisboa, y el amistoso y frecuente trato en que siempre vivimos, me llevarían á referir aquí no pocas anécdotas, conversaciones y agudísimos y preciosos dichos de mi pariente, si el corto espacio de que puedo disponer en este libro me lo consintiera.

Diré, con todo, que á pesar de lo melancólico, desengañado y triste que se mostraba D. Antonio en su vejez, y á pesar de su injusta ó severa condenación de la risa, la risa y el chiste se sobreponían siempre á sus lamentaciones y quejas y acababan por ahogarlas.

D. Antonio escribía como hablaba. Su perfecto conocimiento de las lenguas francesa é inglesa, lejos de perjudicarle para el manejo de la propia lengua, hacía que fuese más correcto y más castizo hablando ó escribiendo en ella. Se ha supuesto que su lenguaje escrito es enrevesado y muy artificioso; pero no hay tal cosa. Su lenguaje es naturalísimo, compitiendo en él la elegancia con la llaneza. No se debe culpar á Galiano de la poca costumbre de leer que tienen muchas personas, y de que suele ser raro ó difícil leer bien y con sentido, por donde los que no

saben leer suelen acusar de mal escrito lo por ellos mal leído.

Galiano, además de sus obras originales en lengua castellana, escribió también algo en francés y en inglés. En este último idioma explicó la literatura de su país y tuvo cátedra en la Universidad de Londres.

Como trabajos de *pane lucrando*, hizo varias traducciones á nuestra lengua y las ilustró con notas. Así la *Historia del Consulado y del Imperio*, de Thiers, y una *Historia de España*, escrita en inglés, cuyas ampliaciones é ilustraciones le ocasionaron un disgusto, que por dicha terminó en broma y regocijo.

Galiano, tal vez sobrado escéptico en este caso, calificó de menos real que legendario el personaje del Cid, según nos le retratan la canción de gesta, los antiguos romances y los dramas y las tragedias. Enojadísimo con esto un caballero muy linajudo, que aseguraba descender del Cid, no sabemos si por doña Sol ó por doña Elvira, pues no consta que el Cid dejase sucesión masculina, puso pleito á D. Antonio porque menoscababa lo mejor de su estirpe. Citado don Antonio á juicio de conciliación, tuvo que presentarse, llevándome como hombre bueno. La controversia que tuvo con su demandante en presencia del juez municipal, controversia de que yo fui testigo y en la que intervine para suavizar su aspereza, fué tan erudita como graciosa, y bien merecería que yo la refiriese aquí punto por punto y según la recuerdo, si no re-

celase llenar con ella la mitad de este tomo. Limitémonos á decir que, después del juicio de conciliación, conseguimos que hubiese avenencia, y que D. Antonio, á pesar de su escepticismo, pudiese vivir con sosiego hasta que la famosa circular de Instrucción pública, aunque mitigaba el celo por la fé católica del Director del ramo, vino á causar tantos sinsabores á la persona de D. Antonio y á la parcialidad política en que figuraba.

Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, por su extraordinario mérito como poeta y por haber sido uno de los primeros y más brillantes fundadores de la escuela romántica en España, poniendo en ella el más sano y castizo de sus elementos, merecería que le dedicásemos en este libro muy extenso estudio, pero el ser tan conocido y popular, así por su vida militar y política, como por sus escritos, nos exime de este trabajo, al que de todos modos se opondría la índole de estas notas biográficas y críticas que deben ser muy breves.

En algunas otras me he extendido más de lo que permite el espacio de que dispongo, por lo mismo que los personajes á quienes dichas notas se refieren son menos conocidos de la generalidad del público, han tenido biógrafos y críticos menos hábiles ó dichosos y el tratar de ellos podía ofrecer más novedad y ser más útil.

Del Duque de Rivas nada nuevo ni importante podemos decir, que ya no esté dicho por D. Nicomedes Pastor Díaz, por D. Antonio Alcalá Galiano, por D. Manuel Cañete, por el Marqués de Valmar, por el francés Mazade y por no pocos otros ilustres escritores á los que me remito.

También yo, si pudiera tener lugar en este volumen, me complacería en reimprimir é insertar en él la extensa biografía del Duque y el examen y juicio de sus obras, que escribí en 1889 y que inserté en varios números de una revista titulada *El Ateneo*.

Por las razones expuestas explico, disculpándome, lo breve, incompleto y conciso del resumen en que voy á tratar de un sujeto, á quien desde mi primera mocedad me unieron muy amistosos lazos, que fué mi amabilísimo jefe, siendo él Embajador de España en Nápoles y á quien siempre consagré grande admiración y afecto, acrecentados hoy por la honrosa satisfacción de tener yo como muy querida hija mía á una de sus nietas.

Nació D. Angel de Saavedra, en Córdoba, el 10 de Marzo de 1791. Siguió la carrera militar, combatió contra la invasión francesa en la guerra de la Independencia y dió muestras de su bizarría en no pocos encuentros y batallas. En la de Ocaña, quedó gravemente herido en el campo, y allí hubiera muerto si no le salva un soldado llamado Buendía.

Como político, D. Angel de Saavedra figuró, desde 1820 á 1823, entre los liberales más exaltados.